

puertas. Los israelitas de quien acabamos de hablar, querian que sus lenguas quedasen pegadas á su paladar, si llegaban á olvidarse de Jerusalem, y no le tuviesen por objeto principal de su alegría (1). Ejemplo admirable para muchos cristianos que sabiendo han sido criados para el cielo, no se dignan dirigir á él sus miradas, y piensan en todo menos en conseguir su posesion.

No creo sea necesario reunir mas pruebas para que conozcais la imposibilidad de hallar felicidad verdadera y positiva en la tierra; luego si nuestro pensamiento está fijo en ella, es demostrada la necedad con que obramos. ¿No es la fé la norma de nuestras costumbres? ¿Y qué nos dice esta fé? Que la bienaventuranza es el único bien á que debe aspirar el cristiano. Pedro y los otros dos discípulos deseaban dejar redes, barcas y cuanto poseian por permanecer en el Tabor, donde, como dijimos, no veian mas que un trasunto de la celestial Jerusalem. Pues preguntad al cristiano si desea cuanto antes la felicidad de ver á Dios y bendecirle en su gloria, ó prefiere permanecer en el mundo. La duda le asaltaré, y si su fé no es una fé verdadera, os dirá que quisiera permanecer siempre en el mundo, aunque fuera con la condicion de renunciar á la salvacion. Allí, donde la criatura tiene su tesoro, tiene fijo su corazon, nos dice el Evangelio (2): por esta causa los santos que despreciaron todas las cosas del mundo y no conocian otro tesoro que Jesucristo crucificado, tenian su corazon

(1) Adhæreat lingua mea faucibus meis si non meminero tui; si non proposuero Jerusalem in principio letitia mea. Ibid. v. 5 y 6.

(2) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. Math. cap. VI, versículo 21.

fijo en el cielo, y si bien no se deseaban la muerte porque vivian siempre conformes con las disposiciones de la Providencia, ansiaban por el momento en que habian de ser llamados. ¡Cuánto suspiraban por la felicidad del cielo los mártires que por conseguirlo se entregaban gustosísimos á los mayores tormentos! ¡Cuántos mortificaron sus carnes y se retiraron del mundo para librarse de su corrupcion y asegurar su salvacion! ¡Cuántos escondidos en los cláustros guardaron perpétuo silencio, y vivieron en la maceracion y el ayuno por no esponerse á caer en los peligros que el mundo nos presenta para perdernos! Si Antonio Abad se retira á lo mas áspero del desierto despues de haber depositado sus riquezas en manos de los pobres: si Simeon Stilita busca refugio en lo alto de una columna: si Alejo permanece tantos años bajo la escalera de la casa de sus padres: si Gerónimo en su cueva rasga su pecho con la piedra, secándose sus carnes por el rigor de sus ayunos: si tantos y tan admirables héroes como veneramos en los altares pasaron una vida escondida en Jesucristo su Dios, todos llevaron por objeto asegurar el cielo, porque nada son todos los trabajos de la vida y cuantas mortificaciones puedan sufrir los hombres, si ellas le llevan á la Bienaventuranza.

¡Oh patria celestial! ¡Oh morada de mi Dios! ¡Oh asilo eterno de los justos! ¡Quién te poseyera! ¡Quién hubiera ya penetrado por tus puertas de oro! A la verdad, mis hermanos, que yo quisiera poder demostraros toda la hermosura de la gloria, y por consiguiénte toda la felicidad del que consigue habitar en tanta santa morada: pero esto seria una empresa superior á la limitada inteligencia del hombre. El mismo

San Pablo que fué arrebatado al cielo, nada mas nos dice, sino que oyó palabras que no le es lícito hablar al hombre (1). En vano, pues, procuraremos investigar lo que preparó el Señor para sus escogidos, pues, como dice el mismo Apóstol, ni ojo lo vió, ni oído lo oyó, ni corazón de hombre lo penetró (2). Empero, bástanos saber que allí veremos á Dios cara á cara, que disfrutaremos de su divina presencia, para que vengamos en conocimiento de la felicidad del Bienaventurado. Sí: vé el que entra en los cielos aquella eterna hermosura, aquella hermosura que no es dado ver á ningun mortal. Moisés rogó mas de una vez al Señor que se dignara mostrarle su divino rostro, á lo cual le contesta: «No podrás ver mi rostro, porque no le verá hombre y vivirá:» y tan solo le concedió que le viera, por las espaldas (3). Bastó esto para que el caudillo no pudiese contener su gozo, y postrado en tierra le adorase con la mayor reverencia. No son tan solamente sus espaldas las que se muestran á los escogidos, á los Bienaventurados, ni como Pedro y sus compañeros ven un rayo de su gloria. El Sinaí y el Tabor no son otra cosa que débiles bosquejos.

Aspirad, mis hermanos, á tanta felicidad, seguros de que á ella llegareis, si no os apartais de la senda que Jesucristo nos dejó trazada: entonces no solo disfrutareis de la vista del rostro del Señor, sino que seréis sabedores de grandes secretos: comprendereis los misterios admirables que ahora adoramos en silencio,

(1) Et audivit arcana berva, que non licet homini loqui. II. ad Cor. capitulo XII. v. 4

(2) Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus iis, qui deligunt illum. I ad Cor. capitulo II. v. 9.

(3) Exod. cap. XXXIII.

y acompañareis á los ángeles del Empíreo en su ocupacion hermosa de aclamar tres veces Santo al que reina en las alturas. Qué persuadido estaba de esta verdad el Profeta de los Salmos, cuando suspiraba por el momento de ver á Dios: nada le importaba desnudarse de su túnica real, abandonar su corona y todas las grandezas de que se hallaba rodeado, siendo su único anhelo el ver á Dios y poseerle. A la manera, dice, que el ciervo desea la fuente de las aguas, así te desea el alma mia, oh Dios; sedienta está mi alma del Dios fuerte vivo: ¿cuándo Señor estaré en vuestra presencia (1)?

Si tal es el deseo que los justos tienen siempre de que llegue el día de su salida del mundo para entrar en la Bienaventuranza, ¿por qué vemos á tantos cristianos tibios é indiferentes? ¿Por qué tanto descuido y tanta tranquilidad no obstante vivir en pecado? La razon salta á la vista: porque no hay fé, porque no hay verdaderas creencias: y si existe en muchos la fé, es una fé muerta. ¿Qué cristiano no recita cada día la oracion dominical? ¿Y no decimos en ella, venga á nos el tu reino? Sí: pero esta peticion sale tan solamente de los lábios: si procediera del corazón, si desearais verdaderamente el instante de ver á Dios, si suspirarais por la Bienaventuranza como David, ó como otro Pablo, cuyos ardientes deseos eran ser desatado de la carne y estar con Cristo (2), entonces mirariais con indiferencia todas las cosas de la tierra, os abrazariais con

(1) Quemadmodum desiderat cervus ad fontem aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum: quando veniam et apparebo ante faciem Dei? Ps. XLI, v. 2 y 3.

(2) Ad Philip cap. 1, v. 23.

la cruz de Jesucristo, os gozaríais como los Apóstoles en vuestras tribulaciones y adversidades y vuestro pensamiento estaría fijo en el cielo.

Yo bien sé, mis hermanos, que para salir victoriosos del mundo es necesario pelear con la mayor constancia, porque mil enemigos se oponen á nuestra salvacion: las tentaciones nos cercan, porque el demonio no cesa de rodearnos y trabaja sin tregua ni descanso por acercarnos á la orilla del precipicio: deseamos practicar el bien, y las pasiones de nuestro corazon luchan por arrastrarnos al mal. San Gerónimo llora y se aflige en el desierto al contemplar la rebeldía de su carne; el ayuno, la maceracion, la mas rigurosa penitencia, el romper su pecho con la piedra, no era suficiente para que sus pasiones dejasen de combatirle. Pero sin embargo, Gerónimo triunfó, salió victorioso y por medio de tantas espinas, supo caminar á la patria celestial: rodeado de las llamas mas crueles, supo preservarse del incendio, y conseguir la Bienaventuranza. ¿Por qué, pues, decís vosotros que no podeis resistir las tentaciones? ¿Por qué asegurais que no sabeis el medio de triunfar de vuestras pasiones? ¿Ignorais que todo lo puede el hombre, asistido de la gracia? Y esa gracia que se concedió á San Gerónimo, que trocó á Pablo de perseguidor de la Iglesia en vaso de eleccion, que hizo de la Magdalena pecadora, un pasmo de penitencia; esa gracia que siempre obró tantos prodigios, que á unos condujo á los desiertos, que á otros sacrificó en los claustros, que á tantos se concedió para que llegaran á la perfeccion en todos los estados, ¿creeis que no se os concederá á vosotros si humildemente la pedís? Si así lo creéis vivís en un error de graves conse-

cuencias, puesto que Dios está dispuesto á favoreceros, y solo desea que le pidais para derramar sobre vosotros los raudales de su bondad y misericordia.

Fijad, pues, vuestra vista en el cielo, y trabajad por conseguirlo: orad continuamente pidiendo al Señor os conceda su divina gracia, para con ella salir victoriosos de vuestras pasiones. Como habeis visto demostrado, es falsa toda la felicidad conque el mundo os brinda: lo inconstante de los bienes de fortuna, lo pasajero de las grandezas y honores de la tierra: la brevedad de nuestra vida, todo nos hace conocer que en vano buscará el hombre su felicidad en este valle de lágrimas y de miseria. La verdadera felicidad está en los cielos: á esta mansion de paz se llega por el camino de las virtudes. Plegue á Dios, que no apartándonos de su divina ley, nos hagamos acreedores á participar un dia con los Bienaventurados, tanta dicha, tan positiva felicidad.

Conocemos, ¡dulcísimo Redentor de nuestras almas! que por nuestra ingratitud, por haber vivido entregados al pecado, por haber desobedecido vuestros divinos mandatos nos hemos hecho acreedores al infierno. Pero Vos sois un Padre de bondad y de misericordia, y jamás habeis cerrado vuestros oidos á los clamores de los pecadores que contritos y arrepentidos os han demandado misericordia. Por esto llenos de confianza os suplicamos nos mireis con ojos de piedad y nos concedais vuestros divinos auxilios, á fin de que con ellos ayudados podamos conseguir la Bienaventuranza. Lleguen hasta Vos nuestras lágrimas y la sinceridad con que arrepentidos de todo corazon os decimos: *Señor mio Jesucristo, etc.*